

## V

### ORIENTE.

El astro que con maternal solicitud presenciaba el sucesivo desarrollo de la creacion terrestre, observaba que en estos últimos tiempos habia tenido lugar un progreso mas rápido de un periodo á otro. Con todo, tres mil años son tan poca cosa, que el progreso realizado en dicha época es bien pequeño. No fué sino por el número de esas visitas termiliarias como pudo el astro inspector darse cuenta del progreso y adeanto de la creacion hácia una perfeccion quizás indefinida.

Con mas justificacion que nunca en sus esperanzas nuestro filósofo puso el mayor cuidado en examinar aquellas tribus patriarcales de la India. Pero ; cuán léjos estaban de los habitantes de los demás mundos, con quienes habia hecho cono-

cimiento en la antigüedad ! ; Qué distancia los separaba de la era verdaderamente humana en que las ciencias, las letras y las artes son la cultura de las naciones!... Si el espíritu ha despertado bajo ese cráneo aun deprimido, si ya tiene conciencia de si mismo, no ha salido del periodo nocturno en que los sueños dominan aun. Vive en medio de un temor perpetuo; invoca los elementos, los séres inanimados, los fenómenos de la naturaleza, á título de poderes superiores; pero al fin sueña ya, y comunica por la poesia con el origen universal de todo lo creado.

En el año trece mil quinientos catorce ántes de nuestra era, fué únicamente cuando nuestro cometa creyó apereibir por primera vez una apariciencia de ciudad humana; no era mas que un conjunto informe de tiendas de piedra. Sin embargo, seria difícil expresar el entusiasmo con que la saludó y la alegría que experimentó al ver esa señal sensible del progreso de la familia intelectual en la Tierra. En el seno de la inmensa llanura líquida que rodeaba la mayor parte del globo como un manto de esmeralda, se destacaba un triángulo irregular de amarillo de ocre. Esta playa parecia ménos fértil que la que se extendia á su derecha y en la que se veian aun las tribus indias de que



hemos hablado mas arriba; pero en el extremo Norte, habia una comarca de extraordinaria riqueza. Parecia que el hombre habiendo podido abarcar la totalidad de la esfera terrestre y comparar sus diferentes regiones, habia escogido precisamente la mas hermosa y agradable; observacion que puede servir para hacer ver que una inteligencia suprema lo gobierna todo. En medio de esta region privilegiada, bajaba un gran rio y se dividia en dos ramas principales ántes de desembocar en el mar. En la parte alta del triángulo formado por aquella division reapareció la primitiva ciudad. Aquella *Memphis* debia ceder su real supremacia á This, ciudad del Alto Egipto, y mas tarde Tebas debia eclipsar á las dos precedentes.

El observador celeste no habia divisado aun la raza blanca entre los hombres, es cierto, pero notaba ya cuán grande era el progreso que se iba manifestando. Vió que los hombres se habian constituido en sociedad para emprender trabajos especiales y que cierto lazo de unidad unia las familias en un mismo pueblo. Por la noche, cuando su luz resplandecia en el horizonte, veia algunos hombres que venian á arrodillarse á orillas del Nilo contemplando su imágen en la onda tran-

quila. Durante la noche, desde lo alto de los montes piramidales, otros hombres vestidos de trajes diferentes, observaban su posicion entre las estrellas. Eran los orígenes de las investigaciones y el origen tambien de la servidumbre de los pueblos ignorantes y temerosos por hombres imprudentes y tiránicos.

No apareciendo nuestro Cometa en la Tierra mas que á grandes intervalos, se concebirá fácilmente que no pudo formarse sino una idea vaga de lo que el hombre en su orgullo llama pomposamente la Historia del mundo. Bajo un punto de vista general en su aspecto celeste era como observaba el Cometa los acontecimientos sucesivos de la creacion: no á través del prisma engañoso de que se sirven los hombres para engrandecer lo que les conviene y rebajar lo que no les conviene. No podia preciarse el Cometa de conocer los pequeños detalles de la historia; su misma naturaleza se oponia á ello, pero hubiera podido (como le sucedió con frecuencia) hacerse el intérprete del astro terrestre cerca de los demás astros del cielo, y referir su historia con una extension y grandiosidad de minas infinitamente superiores á las ilusiones de los hombres. No hay que extrañarse pues si nuestro observador no



desciende á buscar los insignificantes detalles de la vida terrestre; su método de observacion no ha cambiado en nada y no es la aparicion de la familia humana la que puede variar la época de sus rápidas apariciones.

Imposible, pues, le seria afirmar si en su tránsito del año diez mil cuatrocientos cuarenta y nueve, la teocracia egipcia contaba sus años en el período de *Phta* ó solamente en el de *Phré*, de *Chumb* y de *Seb*; pero sabe astronómicamente que un sol próximo al nuestro, y del cual oia hablar muy bien á los cometas que del mismo procedian, el grandioso, el hermoso *Sirio*, habia sabido atraerse las miradas y los pensamientos, la admiracion y el aprecio de los sacerdotes del Alto y del Bajo Egipto. Del mismo modo seria imposible afirmar que la era india de los Manouantaras empezó en su origen zodiacal por el antiguo, el primer *Manu-Soua-Yambhouva* y que en aquel año 19,337 los hijos de Osiris hubiesen podido distinguir perfectamente el punto del solsticio de verano entre el *Nakchatra-Aswini* y el *Nakchatra-Bharani*; pero sabe positivamente que amaban tiernamente al Sol, *Agni*, dios del fuego, y que temian á *Indra*, dios del rayo. Sabe tambien, por observacion directa, que el Oriente

luminoso meció en sus cándidas aureolas á la naciente inteligencia, que, mas tarde, debia descender hácia el Occidente en que nos hallamos.

Por lo demás bien se le alcanzaba que si estaba destinada la Tierra á ser una mansion intelectual, digna de poderse comparar con sus vecinos del espacio, como *Júpiter*, *Saturno*, etc., no era en dos dias como podria conseguirlo, y que para establecerse eran necesarios á la humanidad largos períodos de aprendizaje. ¡Largo y penoso es siempre el tiempo que ha de pasar para que un mundo se civilice! Teóricamente calculaba el Cometa por sus años de á tres mil y deducia que en cuatro ó cinco podria la Tierra salir de su infancia. Cuatro despues del en que nos encontramos dan mil ochocientos once: ¿se equivocaba el Cometa? Prácticamente, pensé que seria necesaria una duracion mucho mayor atendiendo á que segun lo que ella veia, no parecian muy dispuestos los hombres á perfeccionarse unos á otros, sino que se ocupaban en destruirse recíprocamente. Hablando con franqueza, eso fué lo que mas le impresionó y que no ha podido borrarse aun de su memoria; siempre tiene á la vista la primera impresion que recibió al asistir desde lo alto de los cielos á la grande y sangrienta batalla que se dió en aquellos primeros



siglos, impresion que, léjos de haber sido cicatrizada por el tiempo, ha sido renovada siempre, puesto que el astro sensible no ha pasado aun ni una vez siquiera cerca de la Tierra, desde que en ella existen hombres, sin ver en alguna parte á esos séres matarse unos á otros. Pareciole que no habian nacido sino para probar sus fuerzas y ejercitarlas unos contra otros, tan luego como fueran suficientes, y que en vez de formar una familia solidariamente unida como en otros globos, los hombres de la Tierra formaban un reino eternamente dividido contra sí mismo. Teniendo esto en cuenta, auguró que seria preciso cuadruplicar el número de los siglos que se necesitaria para la emancipacion del hombre.

Un acontecimiento inesperado, de lo que solo hablaremos aquí por via de paréntesis, puso una laguna en la série de las observaciones cometarias en la época á que hemos llegado; á su paso en el año siete mil trescientos ochenta y cuatro, la Luna absorbió completamente su atencion, y los nueve meses que pasó á la vista de la Tierra se deslizaron sin tener tiempo para proseguir en sus observaciones. Hacia el año cincuenta y nueve mil cuatrocientos ochenta y nueve, es decir diez y siete años ántes, habia observado en el astro vecino al nuestro y que nos

acompaña siempre como un satélite fiel, un movimiento general que habia operado una division nunca vista en la superficie lunar. Dos naturalezas esencialmente distintas se habian apoderado de cada uno de los hemisferios; los habitantes que pasaban del uno al otro creian penetrar en un mundo nuevo. Ahora bien, como no estaban equilibradas las fuerzas, sucedió que la parte mas rica y fértil fué insensiblemente absorbiendo la mas pobre como si hubiese chupado toda la savia de la vida y como queriendo dominar sin rival al reino humano. Todos los fluidos, todos los líquidos convertidos en gases emigraron del hemisferio que mira á la tierra al hemisferio opuesto, y la época en que pasó el Cometa fué precisamente la de la emigracion de los Selenitas al único hemisferio que quedó habitable. Veíaseles hacer su equipaje y huir por todas partes hácia el círculo del horizonte; grandes y pequeños, gordos y flacos, ricos y pobres, todos partian para el nuevo mundo, hasta el punto que el desgraciado hemisferio se quedó desde entónces completamente desierto y aun hoy dia solo existen rocas que se estan mirando unas á otras en el silencio mas espantoso.

Otro acontecimiento estuvo á punto de poner tér-



mino tambien á los estudios de nuestro Cometa. En su penúltimo tránsito, creyó oír los últimos suspiros de la tierra. Un flujo enorme brotaba de ella, los torrentes habian inundado las comarcas de tierra adentro; las llanuras y las montañas parecian hundirse, como si el mar hubiese salvado las barreras de su imperio para trasladar su dominacion mortal á los antiguos continentes. Pero cuando hubo dado la vuelta el globo en la noche de 180 grados presentando el otro hemisferio, reconoció el cometa que aquel diluvio no era universal; que se extendia únicamente hácia las primitivas regiones del Asia, y que los dos gigantescos triángulos americanos brillaban al sol, ricos de espléndida vegetacion, de especies animales en el apogeo de su gloria y de una humanidad que llena de vida adoraba á la naturaleza. Eran los antecesores de los Toltecos, que debian ser reemplazados mas tarde por los Chichimecos, despues por los Aztecas, á los cuales debian agregarse con el andar de los tiempos los Tapanecos, Colues, los Tlatelolues, etc., y fundar la célebre ciudad de Tenochtitlan en las islas del lago Tezcuco, cuyas mismas islas debian un dia reunirse en una sola para dar una base sólida á la capital de Méjico. Veíanse tambien las montañas en donde Manco-Capac debia fundar

tambien un dia la república de los Incas adoradores del Sol, y donde Pizarro debia de hacer su aparicion para fundar por derecho de conquista el vireino del Perú. Entre las dos Américas, se distinguian una multitud de pequeños Estados separados. El Cometa pensó, no sin fundamento, que en el caso de que el mundo asiático tuviese la desgracia de sepultarse en el fondo de las olas, el mundo americano podria bien reemplazarle. Pero no tardó mucho en persuadirse de que no estaba en peligro la vida de la humanidad. Mientras que aquel nuevo mundo se despertaba á su vez, el antiguo continuaba creciendo, si se exceptua la pequeña parte anegada por accidente. Poseia el Egipto una verdadera ciudad, donde se divisaban palacios y torres y el comienzo de una informe escultura; altas pirámides orientaban la comarca. Fundábanse las grandes capitales de la India. La Europa misma se apercibia de su existencia; abriendo sus párpados bajo un cielo luminoso, vió que era ya muy entrado el dia y quiso levantarse. En la Australia, el Cometa no veia mas que grandes monos ocupados en hacerse recíprocamente los gestos mas horrorosos.

Observaba tambien, entre esas criaturas humanas tan diversas, otros animales no ménos



extraños, cuyo tipo se ha perdido ya en nuestros días : el *Elephas primigenius* ó mammoth, elefante colosal de 18 á 18 piés de altura, armado de largos colmillos formando un semi-círculo, que no bajaban de cuatro metros de largo. Al encontrar con el tiempo sus huesos fosiles mezclados con osamentos humanos, se cree que pertenecen á hombres gigantes de 20 piés de estatura. Véase tambien al rinoceronte *tichorynus*, cubierto de abundante pelo, que dió origen á los dragones legendarios galos de las grutas sepulcrales; el oso de las cavernas, que se paseaba por Montmartre en compañía del tigre gigantesco; el buey primitivo y el uro, que Julio Cesar encontró por última vez al volver de Bibracta; el ciero *megacero*, cuya cornamenta, muy divergente forma ángulos de tres á cuatro metros de abertura, y que fué presa de los primeros ballesteros; por último, soberbias ayes, como ya no se ven hoy dia, el *dinornis* ó el *épiornis*, cuyos huevos tienen 25 centímetros de largo y que cual gigantescos avestruces orecian una vista muy hermosa al lado del hombre.

Nuestros abuelos los Celtas, de raza indo-germánica, conocieron aquellos últimos vástagos de las generaciones antídiluvianas. Aquellos valien-

tes antecesores merecieron llamar lá atención del Cometa, como cien mil años ántes los megaterios y los dinoterios habian sido objeto tambien de su particular atención; y es muy digno de notar, que el mismo astro que hoy vemos fué contemplado en otro tiempo por ojos cerrados hace muchos siglos y por razas que han desaparecido para siempre en el abismo de los tiempos. Así pasan los séres efimeros que nos parecen la existencia toda, mientras que la naturaleza universal, en la cual no pensamos, permanece en su tranquila grandeza.

Fué en el año de 1234, ántes del nacimiento de Jesucrito, cuando nuestro venerable viajero hizo su penúltima visita á la Tierra. Decíamos que nuestros abuelos vivian aun de la vida natural primitiva, en el seno de los bosques frondosos del país que un dia debia ser Francia, limitando su ambicion á las riberas en que nacieron y gozando en paz de la luz del cielo y de los frutos de la Tierra.

Sus ascendientes, que hemos visto hace algunos miles de años en Oriente, llevaban aun la vida alegre y atormentada de la conquista, mientras vivian tranquilamente en los bosques de su patria adoptiva. No tardarán en bajar al sur, dejando



en pós de sí á los Cimerios, Escordiscos, Taurinos, Boyenses y Cimbros; pero aun quieren gozar del privilegio de la infancia. Despues subirán á su grandeza. Por el contrario, los que hemos visto han ido sucesivamente en decadencia. Duermen los Egipcios, Memphis murió ya, Uris sueña, Tebas, la ciudad de cien puertas, vela; pero no tardará mucho en ser destruido todo esto por el viento del desierto. Así desaparecieron otras tantas civilizaciones. Babilonia, fundada hacia mil quinientos años, ha caido ya, y Nínive que le sucedió está completamente arruinada. Ecbatana iba á aparecer, despues á desaparecer para que naciera Persépolis, que á su vez caería tambien. Asirios, Medos, Persas, Caldeos, eran tan solo rastros de serpientes; en el otro mundo adelantaba lentamente la América. La China era el reflejo de la India y el Sol derramando sus benéficos rayos rodeaba la naturaleza inmensa en una luz tranquila y suave. Poco há habia salido un pequeño pueblo del Egipto; fijábase despues á lo largo del mar, pero sin tener reyes aun. Por último, veíase una pequeña isla en la parte baja de Europa, cuyos habitantes, llegados á ella hace tan solo ocho cientos años, se decian anteriores á la Luna, y pretendian haber sido engendrados de la Tierra,

como las cigarras que llevaban sus mujeres en el pelo para dar á entender su origen. Un gran acontecimiento ocupaba entónces á los habitantes. Un tal Paris tuvo la ocurrencia de robar á una señora hermosísima llamada Elena, esposa legítima del rey Menelao, y habiéndosela llevado á un pueblecito del Asia menor, á algunos grados de distancia, toda la nacion se puso en pié de guerra. En un abrir y cerrar de ojos se fabricaron toda clase de armas, se enjaezaron los caballos, se afilaron las espadas, se pulimentaron las corazas, se tegieron las cotas de malla, se armaron las careax, se forjaron los escudos, se pusieron regatones á las lanzas y se preparó todo para el combate. Jamás habia visto el Cometa otra cosa semejante. Desgraciadamente, es decir, felizmente para ella, no pudo asistir á la guerra entera, pues el asalto de la ciudad por sí solo duró diez años y en diez años el Cometa habia recorrido como unos ochenta y cinco millones de leguas; pero esto no le impidió encontrar que se hacia mucho ruido por poca cosa y casi se podia inferir que si los habitantes de la Tierra daban en la gracia de reñir por nada, acabaria el Cometa por no ocuparse mas de ellos.



## VI

EN QUE EL COMETA SALTA DESDE EL DILUVIO AL  
AÑO 1811.

« ¡ Dios mio ! qué cambio de un año á esta parte ! exclamó el ser de flamígera cabellera cuando se hubo acercado á la Tierra en su última aparición histórica. ¿ Es este el mundo que hace tan poco tiempo dejé en la infancia ? ¿ Es este el pueblo que he visto tan miserable, tan pequeño, tan temeroso y tan débil ? ¿ Han muerto pues sin duda todos los que vi y oí por acá ? Hombres, pueblos, ciudades, nacionalidades, ¡ todo ha cambiado ! ¿ Dónde están los bardos que atestiguaron en mi nombre la constitucion céltica ? ¿ Dónde sus dolmanes y altares ? ¿ Qué de revoluciones desde mi marcha ! Ya no veo aquí ni á los Celtas ni á los Kimris ; tampoco encuentro á los Medos ni á los Griegos allá.

LA HUMANIDAD HACE VEINTE MIL AÑOS. 329

¿Cuál es esa ciudad?... ¡ Pero esto no es la Tierra!... » El Cometa no acertaba á comprender lo que estaba viendo.

Muchos cambios habian tenido lugar en verdad desde su última visita ; pues *se estaba entonces en el año de gracia de 1811, y el Cometa bajaba de lleno sobre Paris*<sup>1</sup>.

Para los astros en general y para los grandes cometas en particular, tres mil años no son gran cosa : en el calendario de la eternidad es ménos que un segundo. Pero para el hombre, ya sabeis

<sup>1</sup> El astro viajero cuya historia vamos refiriendo, no es efectivamente otro mas que el gran Cometa de 1811. Todos recuerdan el efecto prodigioso que produjo la súbita aparición de aquel magnífico astro en la noche del martes 26 de marzo de 1811. Se le atribuyó el fecundo calor del estio y la excelencia del vino en aquel año memorable. Todos los periódicos se ocuparon de él haciéndole hablar en todas las lenguas y por todas las causas. Unos le acariciaban, otros le temian. Estos leían de nuevo la eterna profecía de Orval ; aquellos celebraban el saludo que el cielo hacía al nacimiento del rey de Roma. Napoleon, recostándose en una ventana de las Tullerías, preguntaba á su tío el cardenal Fesch lo que pensaba del nuevo astro. Todo Paris miraba y no trascurió el verano sin que se hubieran confeccionado corbatas á la Cometa, sombreros á la Cometa y sin que no anduviera en todo el Cometa. Metió tanta bulla que aun hoy lo recuerdan como si fuese ayer.



lo mismo que yo..... matemático lector, tres mil años es mucho, muchísimo!

¡Cuántas generaciones se han sucedido en el mundo desde el año 1254 ántes de Jesucristo! La Grecia, el Lacio y los reyes; la República latina, Cartago, el Norte, el Imperio romano; la destruccion del coloso, los Bárbaros, el Imperio de Occidente; la fundacion de los reinos franco, germánico y anglo-sajon; paganismo, cristianismo, islamismo; cismas; renacimiento; progreso y decadencia del feudalismo; monarquía, república, imperio. Todos estos acontecimientos habian tenido lugar aquí sin que el Cometa supiera de ellos ni una palabra siquiera. ¿Y que seria si en vez de limitarnos á nuestra sociedad europea abarcáramos el globo entero? Toda la parte histórica de la existencia del hombre en la Tierra podria cober entre estos dos términos: — 1254 + 1811, que no señalan para nuestro Cometa mas que el intervalo de un año.

Fue, pues, muy legítima y perdonable su sorpresa. Del día á la mañana habia pasado, sin darse cuenta de ello, del imperio troyano al imperio francés, de Agamenon á Napoleon. No se podria dar en verdad un salto mayor.

Las ciudades y los pueblos habian cambiado,

Unos habian desaparecido, otros habian nacido. Evidentemente, la humanidad habia dado un paso desde entónces. ¿Era hácia adelante ó hácia atrás? El astro, observador fino y sagaz, tuvo sus razones para creer que no habia sido hácia atrás. Pero no solamente el hombre habia cambiado en todo lo que á él se refiere, sino la misma naturaleza habia seguido una modificacion que parecia deberse á otra causa mas que á la mano del tiempo. Los bosques se habian reducido y no abarcaban ya el espacio inmenso que ocuparon en otro tiempo. Canales trazados por la mano del hombre surcaban la superficie terrestre. Se habian desecado las lagunas y pantanos. Las orillas del mar estaban bien defendidas. Los campos se hallaban atravesados por líneas blancas; escalonábanse los pueblos en las faldas de las montañas; ciudades industriosas asentaban á orillas de los grandes rios, bañando su pié en la onda rápida; jardines y bosquecillos rodeaban esos grupos de moradas humanas. Era preciso confesar que en aquella pequeña parte del hemisferio el hombre habia dado á conocer quién era.

Pero... (¿dónde no hay peros?) el Cometa oyó aun el estruendo de las armas. « ¡Aun dura eso! ¡ay! dijo, se conoce que no pueden perder la